

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 1.º de Julio de 1897

Núm. 345

SALÓN DE PARÍS, 1897



E. BISSON. — Amorosa

Un lancee de honor

A solas en su aposento... ó, para hablar más claro, completamente solo en su zaquizamí, Gregorio Parrillo, el ilustrado *reporter* de *La Voz del Manzanares*, se entregaba á melancólicas reflexiones, cosa que le ocurría con cierta frecuencia, no obstante su carácter genuinamente jovial. Echábase Gregorio en brazos de la tristeza y de la meditación todas las veces que se veía sin una peseta en el bolsillo y sin saber á donde ir á buscarla, y como al empezar la jornada del 1.º de Junio del año 1880 y pico, habíase convencido, tras un escrupuloso análisis, de que en sus bolsillos reinaba el vacío más desolador, su ánimo destilaba amargura.

Sacóle de su doloroso ensimismamiento un enérgico repiqueteo que sonó en la puerta.

— ¡Algún inglés!... — murmuró con terror el ilustrado *reporter*. — Eso sólo me faltaba...

Y tuvo vehementes tentaciones de hacerse el sordo, de no abrir al visitante importuno que se imponía el sacrificio de una ascensión casi pirenaica — 117 escalones infernales — con el único objeto de fastidiar al prójimo. Pero resuelto á apurar el cáliz hasta las heces, fué Parrillo hacia la puerta, abrió... y quedó tranquilizado *casi*.

En el joven pálido, elegantemente vestido que se presentó á sus ojos, reconoció á Paco Breva, muchacho perteneciente á la clase media, medio sportman, medio infeliz, y medianamente rico. Gregorio le había asestado un par de sablazos de tres y cinco duros respectivamente, que el otro recibiera con exquisita complacencia, y á los que no hizo nunca la menor alusión.

— ¡Hola! ¡tú por estas alturas! — dijo el periodista al ver asomar la faz de su amigo, que por cierto la traía muy contristada.

— Sí, chico, he venido para pedirte que me hagas un obsequio. Un favor que no puedes rehusarme—repuso el recién llegado con acento entre solemne y agitado, en tanto se dejaba caer sobre una silla semi-inválida que dejó escapar un quejido lastimero.

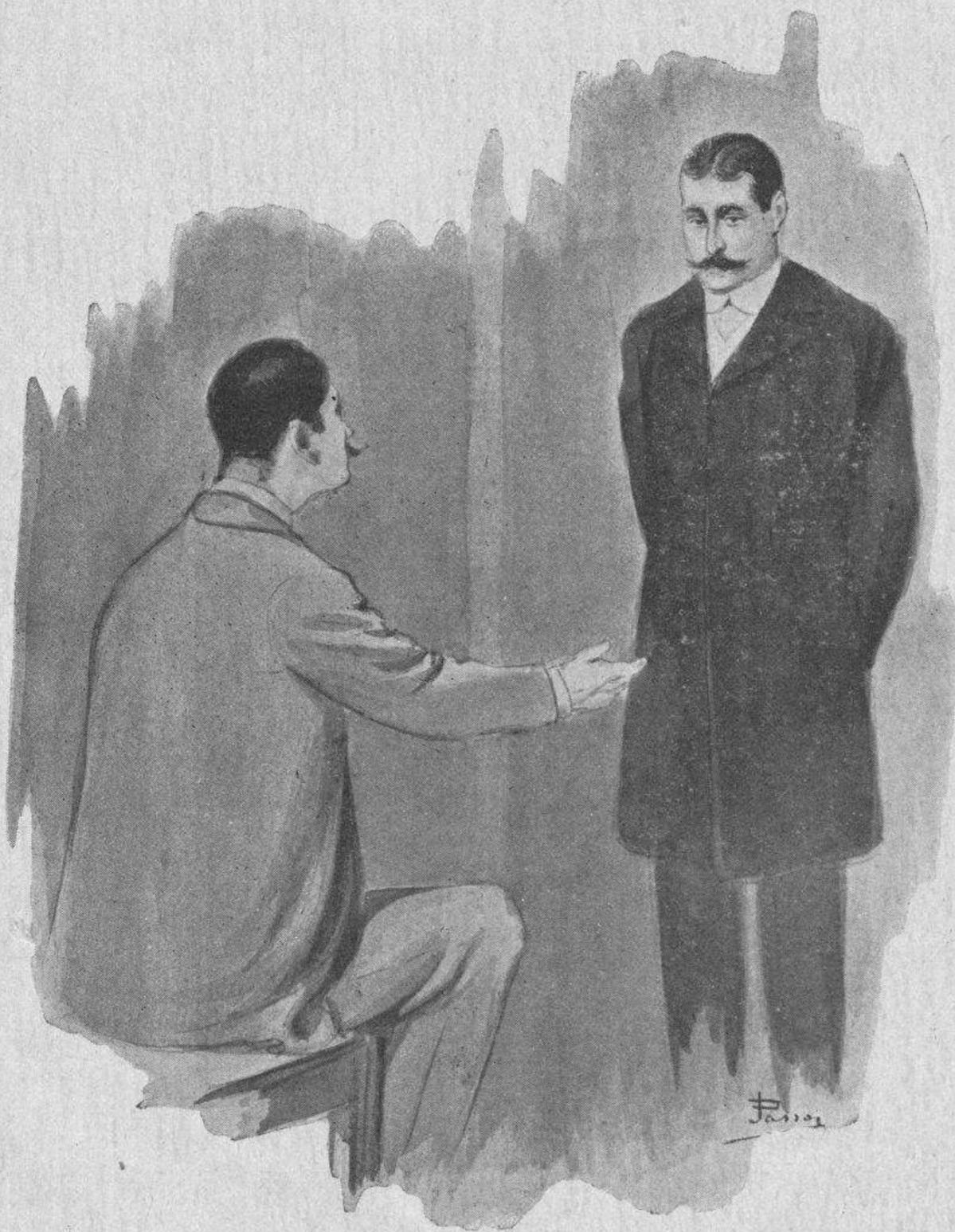
— ¡Si vienes por los ocho duros, estás fresco!... — dijo para su fuero interno Gregorio; y añadió en alta voz: — Ya sabes, chico, que en todo lo que pueda me tienes á tus órdenes.

— Gracias. Pues, sí, venía á pedirte que me sirvas de padrino.

— ¿De padrino? — exclamó estupefacto Parrillo; — ¿y para qué quieres tú padrino?

— Para un desafío: mañana me bato.

Un observador no hubiese sabido descifrar cuál era el sentimiento que predominaba en esa contestación; si la altivez ó la aflicción.



- ¡Cómo! ¿te bates?...—dijo Gregorio, cada vez más admirado. — ¡Qué barbaridad!
- Sí, ya sé que el duelo es bárbaro é inmoral; contrario á las leyes divinas y á las leyes sociales; pero hay casos en que un caballero... en fin, ya comprendes...
- No, hijo, no comprendo. A ver: explícame el asunto.
- Es muy sencillo. Anoche me encontraba en casa de las de Gómez, en donde se celebraba una *soirée* excepcional, con emparedados y champagne.
- Nunca me has presentado á esa familia Gómez... —observó con acento de reconvencción Gregorio.
- Te presentaré cuando quieras... á no ser que me maten mañana.
- ¡Bah! ¿y quién ha de matarte, majadero?
- El barón de Martinillas: un tipo cargante, que yo creo que ni es barón ni es nada; un presuntuoso, un finchado, que se figura que todas las mujeres se enamoran de él, y eso que es más feo que Picio. Desde el día que le conocí me fué antipático; y se me convirtió en odioso, en aborrecible, cuando tuvo la desfachatez de dirigirse abiertamente á Frasquita Gómez, con quien llevo semi-relaciones desde principios de invierno.
- Vamos — dijo sonriendo Parrillo — empiezo á comprender. Ese barón quiere lesionar tus legítimos derechos, y anoche tuvisteis una agarrada... ¿no es eso?
- Precisamente. Figúrate que en el momento de empezar el cotillón, que yo bailaba, naturalmente con Frasquita, el muy sinvergüenza se acerca á mí y me dice con un tonillo que me encendió la sangre: «Oiga usted, caballero: como no he podido tener esta noche la satisfacción de bailar con la señorita de Gómez, espero que me va usted á ceder el cotillón.» Ya puedes imaginar si aproveché la ocasión de dar á mi cargante rival un «no» redondo, mayor que San Francisco el Grande. Insistió él con su tonillo insultante, me enzarcé yo, cambiamos cuatro chuladas y cuatro groserías, y concluyó el grandísimo zopenco por echarme su tarjeta á la cara y por decirme: «Mañana recibirá usted la visita de mis padrinos.» Y en efecto: acabo de recibirla... —añadió Paco con mal disimulada amargura.
- ¿Y qué te han dicho esos señores?
- Que Martinillas exigía una reparación por las armas.
- Y tú, ¿qué has contestado?
- Que esta tarde podrían avistarse en el Casino con los padrinos que yo designaría.
- Perfectamente. Ahora, dime con toda franqueza: ¿tienes ganas de batirte?
- ¿Ganas? — saltó Brega con impetuosa sinceridad; — ¡malditas las que tengo! Pero... pero ya ves: hay que quedar bien ante la sociedad, y sobre todo á los ojos de Frasquita. La pobre, al tener conocimiento de lo que había pasado, se trastornó, y mientras bailábamos el cotillón, me decía: «Paco: no quiero que usted se bata con ese hombre... se lo prohibo á usted: ¡se lo prohibo en nombre de nuestra... simpatía!» Pero yo le contesté: «Frasquita: el honor tiene leyes ineludibles que yo no puedo trasgresar. Me batiré con el barón, y si he de morir... moriré pensando en usted y sabiendo que estos bellos ojos me dedicarán una lágrima.»
- Paco Brega se había afectado profundamente al evocar este recuerdo de la víspera. Cuanto al periodista, soltó una estrepitosa carcajada.
- Oye tú, no te rías: ¿estamos?... Son cosas demasiado serias para tomarlas á guasa— dijo muy ofendido Paquito.
- Bueno, hombre, no te enfades; pero, la verdad, has dicho eso con acento tan sentimental, que... en fin, dejemos eso á un lado y vamos á lo que importa. Supongo, y perdóname la suposición, que si no te hace gracia el batirte, es por el riesgo que se corre en un lance de honor, ¿no es eso?
- Claro que sí: ¿por qué quieres que sea?
- De modo que si no hubiese peligro ninguno, ¿no tendrías inconveniente en desafiarte?
- Claro que no: aunque fuese doce veces.
- Así me gustan los hombres; de pelo en pecho.
- Hazme el favor de no tomarme el pelo: ¿oyes?
- No: lo que te tomaré son quinientas pesetas.
- ¿Para qué? — preguntó asombrado el belicoso joven.
- Para arreglar satisfactoriamente esa cuestión.
- No veo...
- Ya verás, chico, ya verás. Con dinero se arregla todo. Con esos cien dures, y dejando á mi cargo la elección de tu segundo padrino, que yo escogeré á mi gusto, respondo del éxito. Desempeñarás un papel lucido y sin el menor riesgo.

• Aquella misma noche los cuatro padrinos celebraron una conferencia importantísima. Decidióse, por unanimidad, que el asunto no consentía arreglo ninguno, y que era inevitable un duelo. En su virtud, se decidió que el barón y Brega se batirían á



pistola, á la mañana siguiente. Distancia: veinticinco pasos; disparos: uno por barba. Como daba la singular casualidad de que uno de los representantes del barón era amigo íntimo de Gregorio, concluida la solemne conferencia, éste y aquél salieron juntos del Casino, cogidos amigablemente del brazo y charlando en voz baja. Lo cortés no quita á lo valiente.

Y una hora más tarde, el periodista decía á su apadrinado, que le esperaba muy inquieto en el Suizo:

— Mañana á las siete te bates.

— ¡Ah!

— Sí: á pistola y á veinticinco pasos.

— ¡Caracoles!

— No te apures. Pascasio Quiñones, que es un *punto* de marca, apadrina al barón, y... nos hemos entendido perfectamente. Cargaremos las pistolas con pólvora sola, sin que lo vean los otros dos testigos. Podrás batirte, pues, sin ningún recelo.

— ¿Y ha consentido en ello ese Quiñones?

— Ya lo creo: á la primera insinuación. Parece que á Martinillas tampoco le gustan los lances en serio, y que había investido á Quiñones de una misión de confianza.

Paco Breva y su adversario se presentaron en el campo del honor con pasmosa serenidad. Concluido el lance, se estrecharon caballerosamente la mano y se fueron cada cual por su lado.

Por la noche en todos los círculos y cafés de Madrid se leía un largo suelto que publicaba *La Voz del Manzanares*, refiriendo el suceso y acompañando los correspondientes *procesos verbales*. Frasquita Gómez lloró casi de miedo, de admiración y de ternura; declaró categóricamente á sus papás que no aceptaría otro marido que no fuese Paco, y éste fué acogido con dulcísimas reprimendas al presentarse en la casa, ostentando sus frescos laureles.

Martinillas fué también en el Casino objeto de simpatías y discretas ovaciones. Cuanto á Gregorio Parrillo, se fué á cenar á Fornos con Pascasio Quiñones, y es fama que salieron de allí á las tres de la madrugada muy... desequilibrados. Y un agente de orden público oyó como el primero decía al segundo con voz pastosa y balbuciente:

— Desengáñate, chico: la vanidad y la cobardía humanas serán siempre dos riquísimos filones que podrán explotar los listos.

JUAN BUSCÓN.

SALÓN DE PARIS, 1897

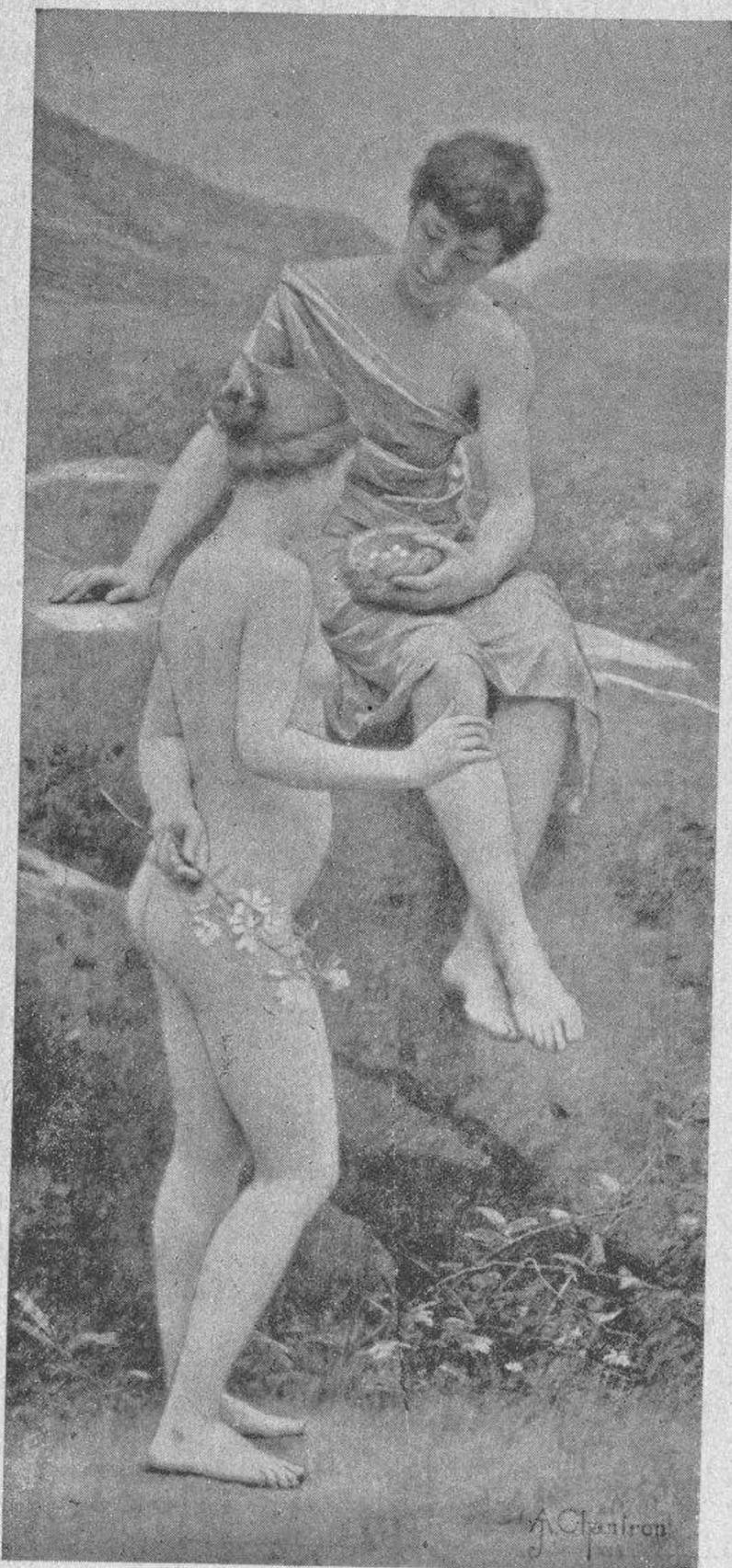


Mme. BEAUVAIS LANDELLE.— El descanso del modelo

La consulta

—¡Ay! Tengo un dolor, doctor,
que no me deja vivir.
—¿Dónde tienes el dolor?
—Pues, no lo puedo decir.
—Pero, algo te dolerá.
—Sí; me duele todo, y nada.
Es una cosa que ya
me tiene desesperada.
—¿Hay malestar? —¡Sin cesar!
—¿Y el apetito? —Excelente.
—¿A pesar del malestar?
—Pues como divinamente.
—¿Y duermes bien? —Sí, señor.
—¿Con sueño no interrumpido?

SALÓN DE PARÍS, 1897



CHANTRON. — Idilio

—Sí, señor. —Pues, ¿y el dolor?
—Tal vez se quede dormido.
—Si has tenido algún disgusto
con tu novio, ya es un hecho...
—¡Cá! Si en todo me da gusto.
Y yo también. —¡Buen provecho!
—Y como no acierto con
la causa de esto, quisiera,
ó darme una explicación,
ó bien que usted me la diera.
—Bien; pero algo observarás
para yo poder guiarme.
—¿En dónde te duele más?
—Si no sé cómo explicarme...
Unos días, me parece
que el corazón se me achica;
otros días, que me escuece,
y otros días, que me pica.
Y otros días, sin saber
la causa, ni la razón,
¡plúm! pues me empieza á crecer,
de repente, el corazón.
—¿Así, de pronto? —De pronto.
Y de pronto se me pasa.
—¡Pues, hija, me dejas tonto!
—Eso me dicen en casa.
Hoy, cuando me levanté,
tan buena que me sentía;
y al poco rato, noté
que el corazón me crecía.
—¿Y aun te crece? —Sí, señor.
Y me crece sin parar.
—Entonces—dijo el doctor—
te lo tengo que mirar.
—¡Me da vergüenza! —¿Por qué?
Si eso le pasa á cualquiera.
Y yo te lo miraré
como si no te lo viera.
—¿Y he de quitarme el vestido?
—Un poco, sólo no más
para aplicarte el oído;
conque, no te enfriarás...
—¡Ay! ¡Me dá mucho rubor
ponerme así, en su presencia!...
—Anda, no tengas temor;
si, quien te mira, es la ciencia.
—Así... ¿es bastante? —Pero, hija,
así no puedo auscultar;
porque eso es una rendija,
y no me puedo acercar.
—¡Ay! Entonces... yo no sé,
¡si está el corsé por delante!...
—Pues, aflójate el corsé.
—Así... ¿es bastante? —Bastante.
—Y... ahora, ¿qué va usted á hacer?
—Pues, colocar el oído
sobre el pecho, para ver
si lo tienes muy crecido.
—¡Ay! ¿el pecho? demasiado.
—Ya... ya lo veo, hija mía.
Pero, ¿no me has indicado
que el corazón te crecía?
—Sí, señor; y ahora también
me está creciendo, el maldito.
—¡Quieta!... No te muevas, en
lo menos un minutito.
—¿Puedo hablar? —Si quieres, habla.
—¿Qué observa usted? —Poca cosa.
—¿Qué? —¡Qué tienes una tabla
de pecho, maravillosa!
—¿Y el corazón? —Ya lo siento.
—¿Lo tengo sano? —¡Muy sano!
Pero, ¡ten calma un momento,
y no me apartes la mano!
—¿Me lo siente usted crecer?
—¡Espera un poquito... espera!...
—¿Aun no me puedo mover?
—¡No! ¡De ninguna manera!
—¿Me crece? —Creo que sí...
¡Ay!... —¿Qué le sucede á usted?
—Pues, ¡qué ahora me crece á mí!
—¡Adiós! ¡Ya le contagié!

CONSTANTINO GIL.

Las alas rotas

Al borde de un camino, sentado sobre la nieve que había caído en abundancia, había un joven cuyo rostro, dotado de sobrehumana belleza, resplandecía, destacándose con vigoroso relieve del fondo nevado del pasaje, que una luz crepuscular iluminaba.

Un noble, señor de cien villas y lugares, que pasaba á caballo, seguido de un tropel de escuderos, se detuvo al ver á aquel joven y le preguntó:

—¿Quién eres?

—No lo sé siquiera; no tengo nombre; sólo sé que en adelante viviré entre los hombres.

—¿Te burlas de mí?

—Nunca la mentira ni la burla han manchado mis labios.

—¿Quién te ha hecho estas heridas?—dijo el magnate, señalando dos cruentas llagas que ensangrentaban su espalda.

—La duda y la impiedad.

—¿Otra burla? Ea, amigo, diviértete y procura pasar el frío. Te hubiera tomado á mi servicio; pero yo no quiero tener escuderos que se burlen de mí.

Y el noble siguió su camino y el desconocido continuó esperando.

Poco rato después pasaba una aldeana que tenía por allí cerca la casa.

—¿Qué haces ahí, desgraciado? ¿No ves que el frío va á dar fin á tu vida?

—Espero.

Y al decir esto, miró á la muchacha, que quedó deslumbrada por la luz que despedían sus ojos, y absorta ante la soberana delicada belleza de aquel hombre.

—¿Qué esperas?

—No lo sé.

—¿Tienes hambre?

—Sí; ya empiezo á sentir las necesidades de los hombres.

—¿No sabes dónde comer?

—No.

—¿No tienes oficio?

—No sé que es eso.

—¿Quieres venir á casa?

—Sí. Tengo confianza en tí.

Y tomando la mano de la muchacha, la siguió dócilmente á su casa.

—¿Quién es ese hombre?—preguntaron sus padres.

—No lo sé.

—Y tú no querrás decírnoslo.

—Soy un gran pecador. Por haber dudado un momento de la misericordia del Señor de las alturas, he sido arrojado del Paraíso y en la caída se me han roto las alas.

—¿Quieres quedarte con nosotros?

—Sí.

Días después la muchacha le preguntaba:

—Dime, Gabriel, ¿cuándo estarás redimido?

—Cuando pueda creer sin dudar, después de haber hecho penitencia.

—¿Y entre tanto?

—Viviré con vosotros si no me arrojáis de vuestro lado.

—¿Puedes pensarlo siquiera?

Y la muchacha, al decir esto, miraba á los ojos al ángel caído, como nuestra madre Eva debió mirar al primer hombre antes de la original caída.

El ángel, en tanto que vivió en la tierra, no quiso salir nunca de la casa donde se albergara. Allí fué útil sobre toda ponderación. Hacía él solo más trabajo que dos hombres, y los árboles y las plantas que tocaba con sus manos parecían adquirir nueva lozanía.

Acordábase siempre del cielo, del que fuera arrojado por la Voluntad Todopoderosa; pero sentía ya las pasiones de los hombres.

Dios, en su infinita bondad, para redimirle, hizo que pasara trabajos y penas como los demás hombres.

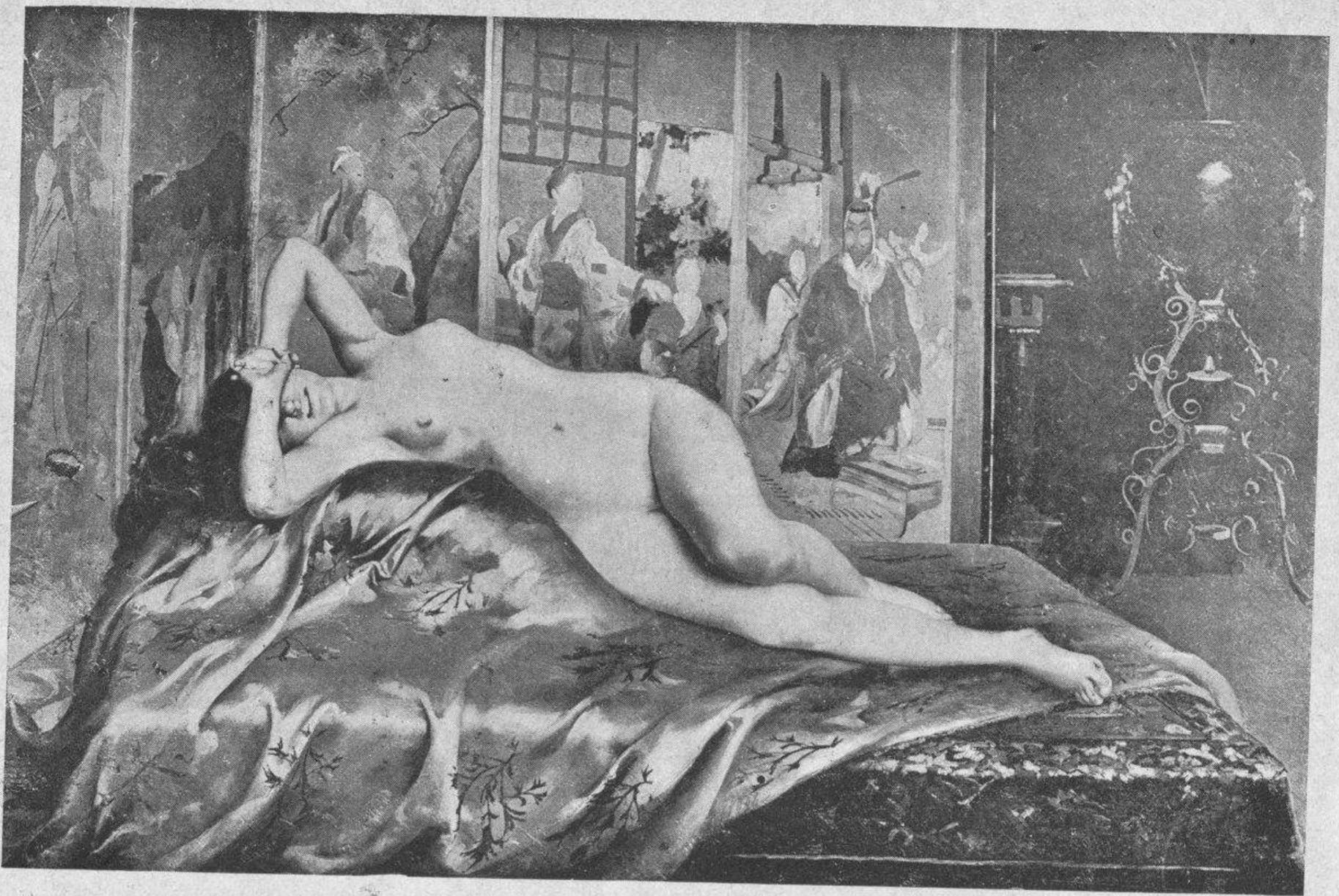
Así pasaron diez años, y un día en que la mujer le echaba en cara su miseria, dentro del pecho del hombre latió de nuevo el corazón de un ángel. Como por encanto quedó despojado de los groseros vestidos que llevaba, y su cuerpo se envolvió en nivea túnica. De las dos cruentas llagas brotaron las alas, y ante la mirada atónita de la mujer irascible y apasionada se elevó hacia los cielos, en tanto que sus labios pronunciaban estas palabras:

—El amor redime como el fuego, por los tormentos que causa. Tu intemperancia ha sido mi salvación. Vive en paz. Yo voy al seno del Señor que de nuevo me llama.

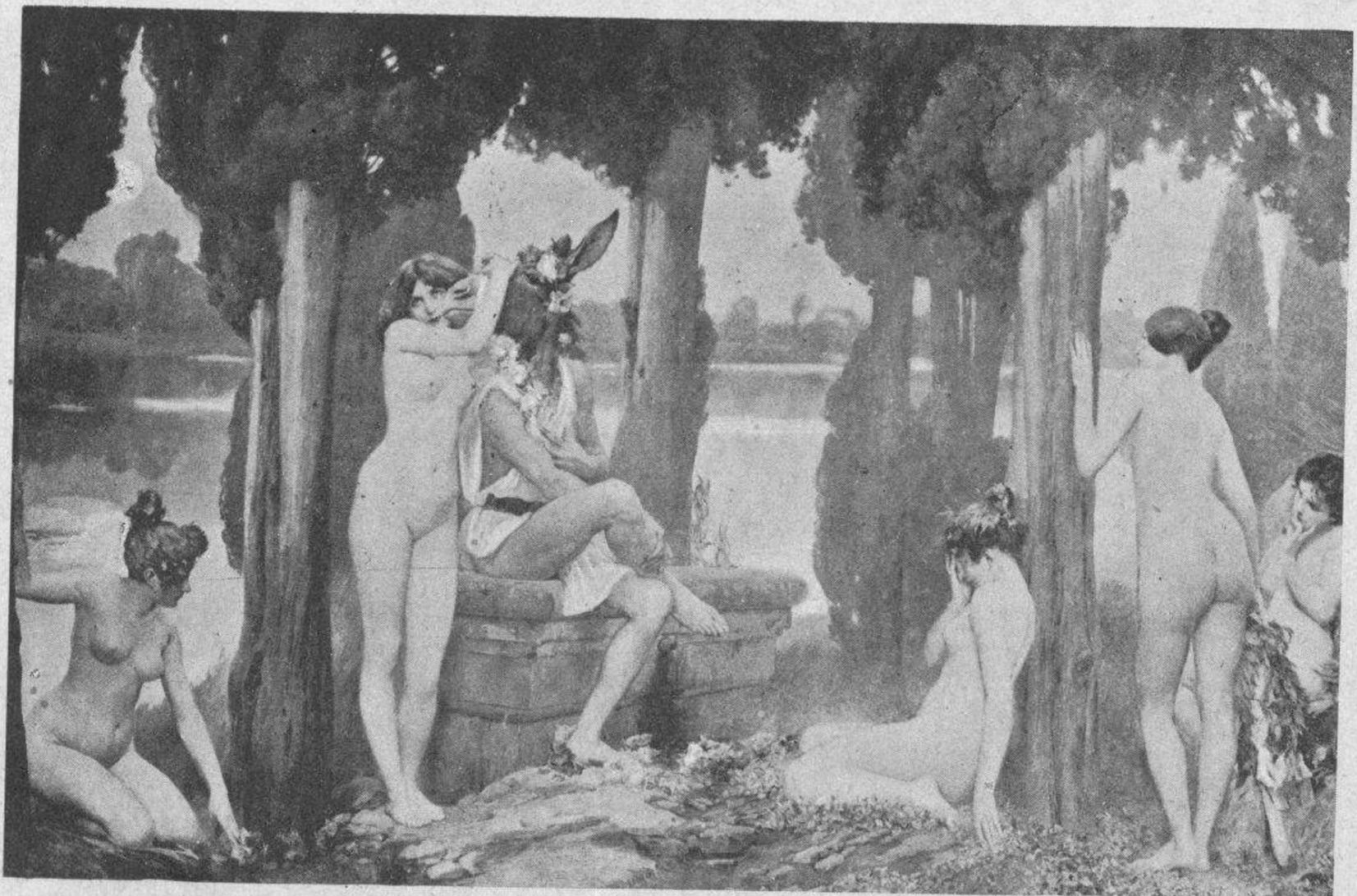
Y la visión desapareció en los aires.

Y la aldeana se casó á poco con un rústico que le propinaba soberbias palizas.

A. RIERA.



FALERO. — Estudio



GERVAIS. — La locura de Titania

El diezmo

(CUENTO VIEJO)

I

—Dios te guarde, Mariquita.
—Y á usted también, señor cura.
—¡Pero tú estás, criatura,
cada día más bonita!...
Hija, que el cielo divino
te conserve esos colores...
—¡Padre, no me eche usted flores!
—¿Y tu Antón?

—En el molino.

—No quisistes á ningún
muchacho de educación
y te uniste con Antón,
que es un pedazo de atún.
—Señor cura ¿es que obra mal
quien se casa por «querer»?
—Y Antón ¿te quiere, mujer?
—¡Lo mismo que un animal!
—Pues entonces, que el Señor
te haga dichosa con él
y os dé una luna de miel
eterna, como tu amor.
—¡Gracias!

—Me voy á marchar...

Con que tú dirás, María,
si no quieres hoy, qué día
puedo venir á cobrar...
—¿El qué?

—El «diezmo».

—Y eso ¿qué es?

—Es el deber que te toca
de darme un beso en la boca
por cada diez que le des
á tu esposo. (Aquella bola
oyó María asustada
y se puso colorada
lo mismo que una amapola).
—A mí... no me ha dicho Antón
nada de estas tonterías.
—Pensará que lo sabías...
¡si esto casi es de cajón...!
Todas tenéis que pagar
porque ya os lo advierto á todas
cuando bendigo las bodas
y os caso en el altar.

—Será verdad, pero en fin,
yo no me había enterado;
¡que ya tiene usted cuidado
de advertir eso en latín!
—Si pagar te sabe mal,
no me pagues si no quieres...
pero te advierto que mueres...
—¿Cómo?—En pecado mortal.
—Bien, pagaré... si es razón...
—Ya lo esperaba de tí.

Y... ¿me debes muchos?

—Sí:

¡lo que menos un millón!
(Dobló la linda cabeza,
relumbrante de hermosura,
y ofreció, temblando, al cura
sus dos labios de cereza.
Y aquella boca divina
halló los besos tan buenos,

que aún le dió al cura lo menos
treinta besos de propina).

II

—Antón, te quiero contar
que á poco de irte de aquí
vino el señor cura.

—¿Sí?

Y ¿á qué ha venido?

—¡A cobrar!

—¡Si no le debemos nada!
—Lo mismo creía yo,
porque, hasta hace poco, no
sabía una palotada.
Mira, lo que él me ha cobrado
es el *diezmo*... ¿Qué qué es eso?
El deber de darle un beso
por cada diez que te he dado...
—¿Y te has dejado besar?
—Como el cura lo aconseja...
y el que cobrar no le deja
se tiene que condenar!...
—¡Os habréis dado los dos
la mar de besos!

—¡Ya ves!

(Téngase en cuenta que él es
casi un bendito de Dios).

—¿Qué piensas?

—¡Qué he de pensar!

que á mí no se me figura
que es mal oficio el del cura
cuando tocan á *diezmar*.
En fin... no me sabe bien;
pero él sabrá por qué lo haga.
Oye, y el marido ¿paga?
—¿No ha de pagarle? ¡también!
—Pues «en cuanto antes» mejor,
si al fin lo tengo que hacer.
—¿A dónde vas ahora?

—¡A ver

si le pago á ese señor!

III

—...Pues María me ha contado
que estuvo usted antes allí
á cobrar el diezmo.

—Sí.

Ella ya me lo ha pagado;
y fué en besos numerosa
de verdad, la parte mía.
¡Por lo visto, en todo el día
no os ocupáis de otra cosa!
Bueno: y tú ¿qué es lo que quieres?
—Pues... pagar lo que me toque.
—Hombre, ¡no seas alcorchoque!
Yo le cobro á las mujeres.
Los maridos no me dan
el diezmo á mí.

—¿Por qué no?

—¡Porque no les cobro yo,
que les cobra el sacristán!

J. M. ALMODÓBAR.

Un poco de erematística

Y perdóneme D. Juan Valera que le usurpe el título de uno de sus mejores artículos para cubrir con él, á guisa de piel de león, este artículo mío, mansa y ruín oveja.

Es el caso, que atravesamos una crisis monetaria de P. P. y demás letras de cambio y que, según afirman malas lenguas, al Banco de España le sucede en el extranjero lo que á *La Correspondencia* en nuestro país.

Nadie le da crédito alguno.

Dicen que la plata abunda que es un horror (¡si me lo hicieran ustedes bueno!) y que, en cambio (de esto respondo yo también) no se ve una moneda de cinco duros ni por un ojo de la cara.

Y cuando las cosas no se ven por un ojo de la cara, ¿por dónde han de verse?

Con este motivo, hay quien pone al Banco de oro y azul, asegurando, que no solamente tiene oro, mas también el moro, y que es conveniente hablarle en plata, ya que tanto abusa de este metal.

Sin duda creen estos desesperados que el Banco, hiriéndoles por los mismos filos, va á contestar á estas pelucas con otras aun mayores, es decir, con *peluconas*.

Pero ¡qué si quieres! el áureo metal no parece, y si esta carestía continúa, habremos de declarar monumento nacional la torre del Oro de Sevilla, y guardaremos bajo siete llaves el As de oros, por ser una carta tan célebre y rara como la *Carta Magna* de los ingleses.

¡Con qué dolor se recuerdan aquellos felices tiempos en que, para las transacciones importantes, se contaba siempre por onzas y en que á los chicos de buena casa no les faltaba nunca un doblón isabelino ó alfonsino para sonarlo en mostradores y mesas de café!

Hoy ya es otra cosa; desde que rige el sistema métrico-decimal la *onza* ha desaparecido hasta de las pesas y medidas.

En cambio corren que se las pelan, pasan por todas partes y hasta pasan de castaño obscuro, los pesetones, escudos, medias pesetas y otras monedas por este estilo... plateresco.

—Y claro es—como decía un sujeto—que un Banco con tan marcado color de plata, más que un banco de emisión, parece un banco de sardinas.

¿Será quizás que el Banco de España, alarmado como todo el mundo por la creciente emigración á la República Argentina, se ha propuesto que esté en nuestra nación el verdadero *Río de la Plata*?

Nuestros oradores parlamentarios, que tanto se desviven por hacer la felicidad del país, podrían hacer mucho en su obsequio conjurando la presente crisis.

Y empleo el verbo «conjurar» porque ya es sabido que, de poco tiempo á esta parte, nuestros oradores políticos son especialistas en conjuras.

En efecto, ¿no tiene cada uno de ellos un «pico de oro?»

Pues ¿qué les cuesta hacer acuñar su metal de voz?

—Yo creo—decía un optimista—que el ministro de Hacienda hará poner en circulación las existencias en oro y entonces...

—¿Qué haría usted?

—¿Qué haría? Decirle al comercio: ¡Qué sea enhorabuena! y decirle al Banco: ¡Qué sea en oro bueno!

Si la ansiedad pública no se satisface de un modo ó de otro, pronto habrá que añadir á las emigraciones obreras que hoy comentamos, otra emigración de comerciantes, parecida á aquella famosa de los Argonautas, en busca, no ya del vellocino de oro, sino de un doblón de Fernando VII ó de una onza de barra.

Dentro de poco la orografía pertenecerá al ramo de ciencias ocultas.

Y vamos á ver: para evitar tantos males ¿no podría nombrarse Gobernador del Banco al rey Midas?

Porque éste, á su cualidad legendaria, une la de tener mucho tiempo, y, por consiguiente, mucho oro, si es cierta la famosa sentencia británica.

Y conste que al hacer esta proposición no he querido ofender á ese señor Gobernador de Albacete, ó mejor dicho, á ese señor Gobernador Albacete.

—Diga usted—preguntaban á un importante accionista del primero de nuestros establecimientos de crédito—¿no es verdad que se acuñaron hace poco monedas de oro de veinte pesetas?

—Sí, señor.

—Y ¿no es cierto que guardan ustedes esas monedas?

—Sí, señor.

—¿Por qué, entonces, no las ponen ustedes en circulación?

SALÓN DE PARÍS, 1897



Copyright by Braun, Clement & Co. 1897

ALONSO PÉREZ. — Lección de esgrima

—¡Oh! es imposible; los tales doblones de oro son nuestra guardia amarilla.

En medio de esta crisis monetaria, cuando los *centenes* emigran buscando en la nación vecina la ganancia del cambio comercial, cuando se puede decir que nada de lo que reluce es oro y hasta el mismo sol parece, redondo, amarillo y brillante, un hermoso doblón que anda por las nubes—como todos ellos—¡qué orgulloso me siento de llevar este nombre de pila tan apetitoso, codiciado y deslumbrador!

LUÍS ROYO VILLANOVA.

SALÓN DE PARÍS, 897



P. DUPUIS. — La fortuna y el niño

Consejos de la experiencia

BOCETO DE DOS SIGLOS HA

Ante un braseriilo cojo
en que el herraje asemeja
mocedades muy en duda
bajo canas más que ciertas;
embutida en unas tocas
que en vano en fingir se empeñan
ancianidad venerable
lo que es de los años lepra;
con aires entreverados
entre lo de madre y dueña
y los ojos vueltos náufragos
en dos golfos de laceria,
medio siglo y otro medio
hechos carne en una vieja,
con la voz, fondos en asma,
dicen así á una doncella:

Los tiempos están muy malos,
niña Aldoncica, no hay pesca,
que las bolsas se recatan,
y no se guardan las hembras.

Los hombres han conocido
que es mejor lo que no cuesta,
y si pueden pecan gratis
y si no es gratis no pecan.

Ya sólo les enamoran
guarda infantes y polleras,
que es como en pastel de á cuatro
dar crédito á la corteza.

Damas de copete buscan,
la intención es manifiesta,
como ellas les piden culto,
ellos fingen no entenderla.

Cuando dan, dan á poquito,
y es que con esto se adiestran,
que dicen que quien da poco
de no dar nada anda cerca.

Verdad es que no les sale
al fin y al cabo la cuenta,
pues lechucillas de bolsas
la mejor lámpara secan.

Ya el agua de garapiña,
ya en el río una merienda,
ya el coche para el Sotillo,
ya las ligas, ya las medias,

son puñaladas chiquitas,
pero de virtud tan cierta,
que á bolsa que las recibe
sólo le alcanza el *requiescat*.

Otros son más precavidos
y para no amar de veras,
amantes á lo divino
sólo de monjas se prendan.

Estos perderán el alma,
mas no perderán la hacienda,

que entre el «te quiero» y el «pido»
ponen del claustro la reja.

Los tontos andan escasos,
los discretos menudean
y hay ya mancebico albillo
con más conchas que una dueña.

Ya ves que no van errados
mis años si te aconsejan
que, si es que á tu medro miras,
vayas buscando otra senda.

Sólo si el vicio aborreces
debes persistir en esta,
que poner precio al pecado
tanto al pecador ahuyenta,
que bien puedo asegurarte
que hoy el orden que profesas
puede servir por austero

de ejemplo á una recoleta.

Mas como puede ocurrirte
que si ahora el mal no remedias,
nunca sepas por el busto
qué Felipe es el que reina,

no extrañes que te aconseje
mi ya cansada experiencia
que, sin dejar el pecado,
mires de qué modo pecas.

Hizo aquí punto la anciana,
lanzó un suspiro de á terciá
y empezó á pasar contrita
de su rosario las cuentas,

mientras tanto que la moza
de su atrición como muestra,
un: «Entre Ucé, seor hidalgo»,
ceceó desde la reja.

ANGEL R. CHAVES.

SALÓN DE PARÍS, 1897



E. A. GUILLON. — El amor triunfante

Cantares

Mira lo que estoy pensando;
que aquel que vive dormido
tiene un despertar muy malo.

No te asomes á sus ojos
que son dos pozos muy grandes,
y me ha dicho una gitana
que el que cae allí, no sale.

Madre yo me estoy muriendo
de una extraña enfermedad;
aquello que me la cura
es lo que me hace más mal.

Acaba; no seas loco;
al pájaro que anda herido
más vale matarlo pronto.

LUÍS RAM DE VIU.

La primera centinela

Era la primera que hacia y por suerte le tocaba en un sitio tan avanzado como el polvorín. El pobre recluta atiborrado de artículos de ordenanza que no concluía de entender, asustado de la responsabilidad en que, según el sargento, incurría un soldado cuando se le confiaba la guardia de un lugar, procurando que no se le olvidara la consigna recibida en presencia del cabo, permanecía el infeliz de pie derecho dentro de la garita, desojándose á mirar por los ventanillos y estrechando con nerviosa mano su fusil, dispuesto á enristrarlo y á enviar un tiro al mismo lucero del alba que no contestara tres veces al quién vive.

La noche estaba obscura; no había luna pero el horizonte hallábase enteramente despejado y se advertía su diafanidad; un tropel de estrellas desparramado por el cielo le llenaba de un resplandor inmenso que proyectaba cierta tibia claridad sobre el campo; no se distinguían las líneas de los objetos sino su volumen; las casas, los árboles, los accidentes del terreno perdían su forma en la penumbra y quedaban reducidos á bultos; andaría al caer la madrugada, y en aquella hora intempestiva el paisaje no arrojaba de sí otros ruidos que el ladrar de los perros de las heredades que alborotaban detrás de las cercas; la llanura dormía; iba mediado el otoño y la sombra no tenía como en verano himnos de cigarras y coros de grillos.

Frente al polvorín álzase y comenzaba un caminito que se perdía en el llano uniéndose á lo lejos con la carretera; la torre donde se guardaban las municiones, erguida sobre un altorano, dominaba el caminito y sólo por él ofrecía fácil subida, presentando por los demás lados asperezas de barranco que dificultaban su acceso; el caminito, pues, era el objeto preferente de la vigilancia del centinela, que no perdía ojo de aquella cinta clara que destacaba en la negrura del suelo perdiéndose en la distancia, aumentando tanto más su cuidado cuanto que se temía no sé qué alzamiento en el país, y el oficial de guardia hábale recomendado exquisita cautela. Influidó así por el miedo, por la soledad, por el hecho de ser aquél el primer plantón, por las penas que la ordenanza establece para el que no vela como es debido y que él recordaba muy bien, á cada momento asomaba la cabeza por la entrada de la garita y escuchaba atentamente soltando el quién vive al más leve rumor que llegara á sus oídos y amartillando en seguida su fusil.

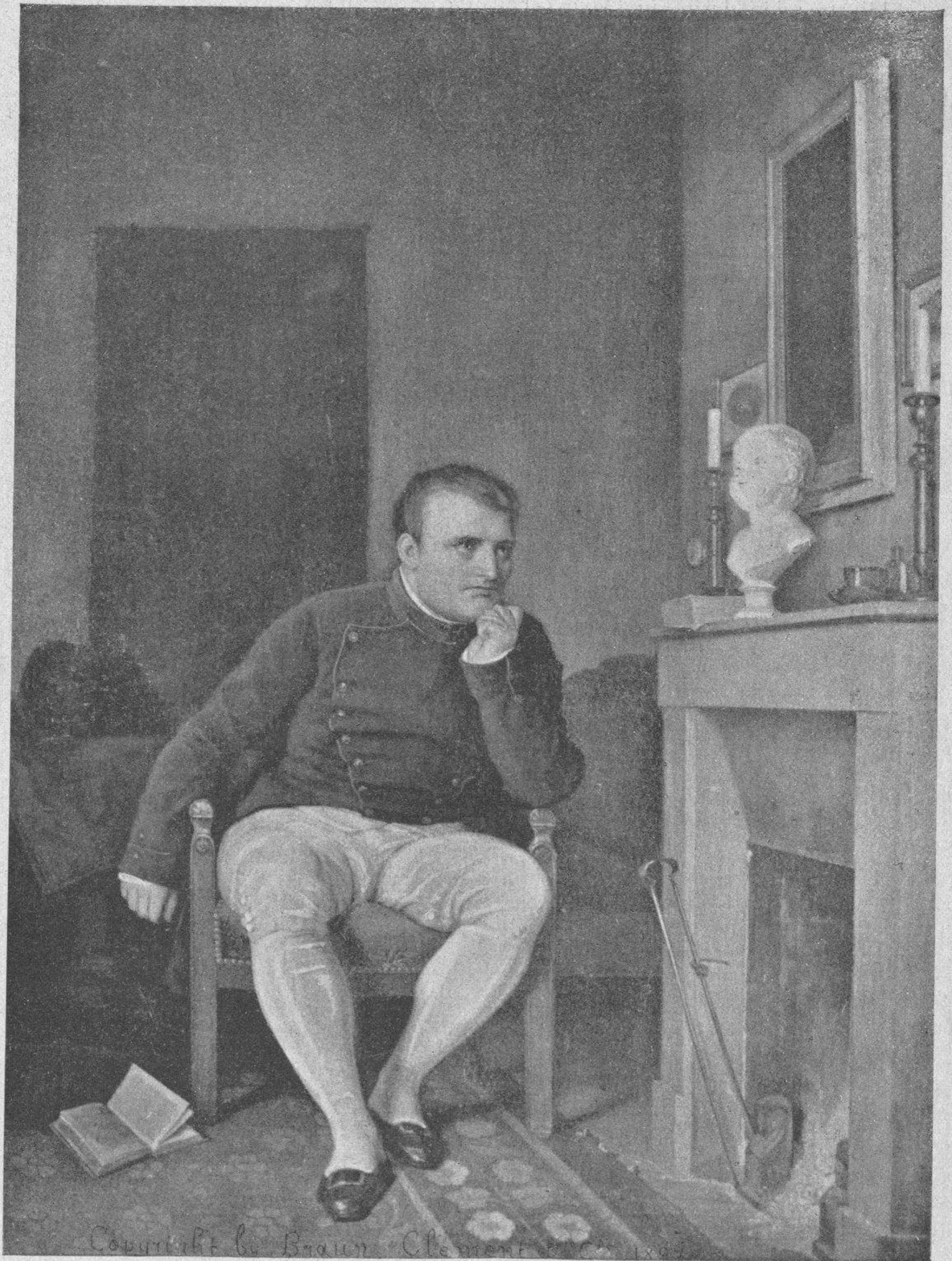
De pronto... no se equivocaba... no era ilusión de sus sentidos. Allí..., allí, por el camino se adelantaba un bulto, un bulto que avanzaba de manera muy singular, á saltos, como si se arrastrara y de cuando en cuando se pusiera de pie; indudablemente era un hombre que procuraba no ser visto, que se acercaba con intenciones malévolas... La sangre le dió un vuelco al centinela, sintió un sobresalto enorme y alzando el gatillo del arma para estar prevenido, gritó con toda la fuerza de sus pulmones y con voz insegura: ¿quién vive? Nadie contestó; el bulto siguió impasible su extraña marcha, acercándose sin vacilar; ya no cabía duda, se proponía asaltar el polvorín; el aturdido recluta, cada vez más aterrado, volvió á lanzar la reglamentaria pregunta y á esperar su resultado nuevamente; nada; el hombre estaba ya encima; entonces, echándose el fusil á la cara soltó el tercer aviso y sin aguardar la réplica, apuntando con toda su alma, disparó y el bulto vaciló y cayó al suelo, distinguiéndose su silueta tendida sobre el fondo blanco del caminito.

Al ruido de la detonación acudió presuroso el cabo á informarse de lo que acontecía; poco después llegó el oficial; á todos contestó el centinela, procurando dominar su emoción, que había hecho fuego sobre un hombre que se acercaba al polvorín y que no contestó á los tres quién vives de ordenanza. El caso era grave y merecía ponerse en claro. En seguida fueron destacados del fuerte dos números, mandados por un sargento, el que iba provisto de un farol; los tres avanzaron con cautela, proyectando la luz que llevaban un haz de reflejos, como si alguna estrella hubiera caído del cielo y corriera al ran de la tierra, en tanto que el centinela atisbaba por encima del muro la marcha de sus compañeros. Al cabo la rondilla volante entró por el caminito, se acercó al cadáver, vióse al sargento agacharse y enfocar al muerto con un farol y súbitamente sonaron en la noche recias carcajadas y formidables juramentos y se distinguió á los tres soldados que tornaban hablando y riendo. Cuando el recluta fué relevado, preguntó qué significaba todo aquello, comido de curiosidad, y entonces comprendió el alborozo de sus camaradas.

El terrible enemigo que se proponía asaltar el polvorín era, ni más ni menos, que el burro del cantinero del fuerte que sin duda se había escapado del corral donde se albergaba, por algún portillo mal cerrado y que volvía llamado por la querencia y á saltos por causa de las trabas.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

SALÓN DE PARÍS, 1897



GUILLON. — Napoleón en Santa Elena

Sequía

El ilustre sabio Marín Pujol vivía persuadido de que su existencia era sumamente útil á la humanidad. Esta persuasión siempre es grata, siempre contribuye á que nos reclinemos satisfechos en la almohada y á que la comida sienta bien. Marín Pujol, en nombre de la ciencia, se reconocía digno de los encomios de sus admiradores y de las distinciones del Gobierno.

Esta ciencia de Marín Pujol no hay que decir que era la legítima, la auténtica, la que sólo admite por base del conocimiento el hecho y el dato experimental. Fuera de los hechos y los datos, todo vana palabrería, afirmaciones gratuitas, castillos en el aire y quimeras forjadas para engañar á la pobre gente incauta y crédula. De la teología ni aún se tomaba el trabajo de hablar Marín Pujol; pero tenía más tirria á la metafísica, que calificaba de paparrucha insigne. Como Marín Pujol era frío y flemático, no se indignaba abiertamente con los que incurrían en la debilidad de filosofar y de inquirir si en el mundo hay algo más que aparentes evoluciones de una quisicosa llamada fuerza al través de la materia; pero inspirábanle los ilusos tranquilo desprecio, y les consideraba cerebros endebles y sin jugo, algo que, intelectualmente, es análogo al niño ó á la mujer. Ciertas declamaciones de ciertos individuos contra el materialismo y el positivismo, que Marín Pujol calificaba, probablemente no sin razón, de alharacas hipócritas, habían afianzado el desdén en su espíritu y remachado en sus labios la negación helada y serena.

Acostumbraba el sabio salir al campo los domingos, para disfrutar del buen olor de las canoscas y tomillares y hacer su poquillo de geología. Unas veces iba enteramente solo; otras acompañado de tres amigos de su mismo humor y aficiones. No les brindaba grandes atractivos la escueta Naturaleza castellana; pero realmente estas excursiones eran un medio de contrarrestar la pésima influencia de una semana entera pasada en el gabinete, en el laboratorio ó en la clínica, leyendo, estudiando y calentándose los cascos. En aquellos días de asueto les entraban á los sabios arrechuchos de gozo y de pueril travesura, ocasionados por el sol, el aire libre y puro, los incidentes del corto viaje, el hambre canina que se despertaba en sus fatigados estómagos y el placer de una refacción sazónada por la mejor de las salsas, la muy célebre de San Bernardo. Y era para ellos fiesta verdadera, aunque ninguno oyese misa, la excursioncilla barata, reanimadora y casi inútil (dígase la verdad) para el adelanto de la ciencia que cada cual cultivaba.

Cierto domingo de Marzo, radiante y tibio, como si fuese de Mayo, salieron por el primer tren Marín Pujol y los tres acostumbrados excursionistas, á saber: Sánchez Abrojo el médico, Daura, el químico, y Méndez Arcos el antropólogo. En virtud de especiales razones iban aquel domingo los sabios de mejor talante que nunca. A Marín Pujol acababan de traducirle al sueco su obra predilecta, y tenía en su poder y llevaba en el bolsillo para enseñarlo y lucirlo el primer ejemplar. Sánchez Abrojo había realizado una operación difícilísima, algo, dicho profanamente, semejante á calar una cabeza humana lo mismo que quien cala un melón de Añover, y le rebosaba justa satisfacción por todos los poros del cuerpo. Daura creía poseer ya la fórmula definitiva para clasificar el vino, y esperaba de ella gran rendimiento pecuniario; y Méndez Arcos sabía de buena tinta que sus investigaciones y escritos sobre los establecimientos penales iban á ser causa de que se construyese una cárcel primorosa, lo que se llama cárcel de recreo, con baños, gabinete de lectura y hasta sala de juegos no prohibidos. Sentían, pues, los cuatro expedicionarios profundamente toda la hermosura y benignidad del tiempo, y la idea del almuerzo á la sombra de alguna peña ó debajo de una encina, sobre la alfombra de tomillo y cantueso, les dilataba el espíritu.

Bajáronse en una estación perdida, un solitario apartadero, y emprendieron la caminata, comentando festivamente todo lo que veían en el paisaje, que era bien árido y raso como una tabla. Sabían que distaban pocos kilómetros de un pueblecillo, y hasta divisaban el campanario, despuntando en el horizonte; pero no querían acercarse á él, prefiriendo un cigarro al arrimo de cualquier matorral, y descubrir un arroyo, que no faltaría. De repente, á Daura, que siempre se había preocupado de las cuestiones prácticas, se le ocurrió una pregunta: ¿Quién había traído el almuerzo? Porque en la última expedición se convino que para la próxima le correspondía á Marín Pujol el suministro de víveres. Y Marín Pujol, dando un grito de terror muy cómico, exclamó que estaban perdidos: descuidó en avisar el ama de llaves, mala cabeza... ello es que si esperaban comer de lo que él trajese, estaban frescos. Al pronto los sabios lo echaron á broma: así experimentarían el ayuno al traspaso de los primeros cristianos, y se cerciorarían de si Succí era ó no un trapalón. Pero á la media hora comenzaron á dar punzadas los estómagos, y se acordó llegarse en busca de sustento al pueblecillo.

No pasaría éste de unas diez ó doce casas, agrupadas alrededor de la mezquina aunque empinada torre de la iglesia. Bajo el sol ya abrasador, aunque primaveral, el lugar pare-

SALÓN DE PARÍS, 1897



CH. LANDELLE. — Primera escaramuza

cía dormido: ni se veía un alma ni se oía una voz; sin duda los moradores estaban labrando las tierras; y ni rastro de mesón ó venta ó cosa que lo valiese. Los sabios empezaban á ponerse muy carilargos, cuando por la puerta de una corraliza, que cerraba un muro de adobes, vieron asomar medio cuerpo de una mujer muy arrugada y vieja, pero de semblante bondadoso y expresivo, que les miraba con marcado interés. Animado por este precedente, Daura, que ya se caía de necesidad, se resolvió á entrar en la corraliza y decir llanamente á la anciana que él y sus compañeros tenían hambre y que agradecerían de todas veras una cazuela de migas ó unas sopas de ajo. Y la vieja, guiñando por la fuerza del sol sus ojos del color de los de los buhos, respondió enfática y solemnemente:

—Adelante: se las daré por amor de Dios.

Miráronse los cuatro sabios; no les había sucedido jamás que por amor de Dios les diesen cosa alguna; verdad que tampoco ellos habían dado un comino por amor de Dios á nadie. Pasaron y se sentaron en el mismo corral, en un banco puesto debajo de una parra sin hojas, pero que resguardaban trozos de pleita raída y sucia. La vieja se metió en la casa, y pronto un olorcillo consolador y refocilante se esparció por la atmósfera, anunciando que en la sartén se doraban las migas. Sin desatender su fritada, la vieja iba y venía, tendiendo un rústico mantel, presentando toscos vasos de vidrio, trayendo agua, vino y un duro y fementido queso, que pareció excelente á nuestros desfallecidos sabios. Lo que les llamaba la atención era que durante estos preparativos y lo mismo después, cuando sirvió las migas, que estaban diciendo «comezme»..., la vieja contemplaba á sus improvisados huéspedes con amor y entusiasmo, ni disimulado ni reprimida, y parecía caérsele la baba á hilo por la desdentada boca; siendo tan claras y evidentes las señales de gozo, reverencia y satisfacción de aquella infeliz, que en un momento en que ella no estaba presente, Marín Pujol tomó la palabra y dijo á sus socios:

—No puede ser, queridos amigos, sino que esta buena mujer nos ha conocido y sabe perfectamente quiénes somos, dándose cuenta, allá á su manera aldeana y sencilla, de lo que hemos hecho en honor de nuestro siglo y de nuestros semejantes. No estará en pormenores, ignorará, por ejemplo, que mi gran obra sobre *La Transmisión de la energía* acaba de ver la luz en Estocolmo (aquí tengo el ejemplar); no conocerá el reciente triunfo de Sánchez, ni las útiles investigaciones de Daura, ni los trabajos valiosos de Méndez... pero á su modo y por instinto nos adivina y nos rinde homenaje lo mejor que puede. Yo creo que la ofenderemos gravemente si la ofrecemos pagar su obsequio en metálico, y que únicamente una atencioncilla delicada, por ejemplo, el envío de otro ejemplar de mi traducción sueca... Aquí Daura, el más escéptico, soltó una carcajada formidable; y como la vieja reapareciese trayendo un plato de avellanas, se encaró con ella, y en campechano tono la preguntó:

—Madre, ¿sabe usted quién somos? ¿Nos recibe bien porque nos conoce?

—Sí, señor,—contestó ella con una sonrisa entre picaresca y dulce, que delató sus innumerables arrugas.—Sé quién son ustés, y Dios les bendiga,—añadió haciendo ademán de coger, para besarla, la mano de Daura, que la retiró poniéndose colorado.

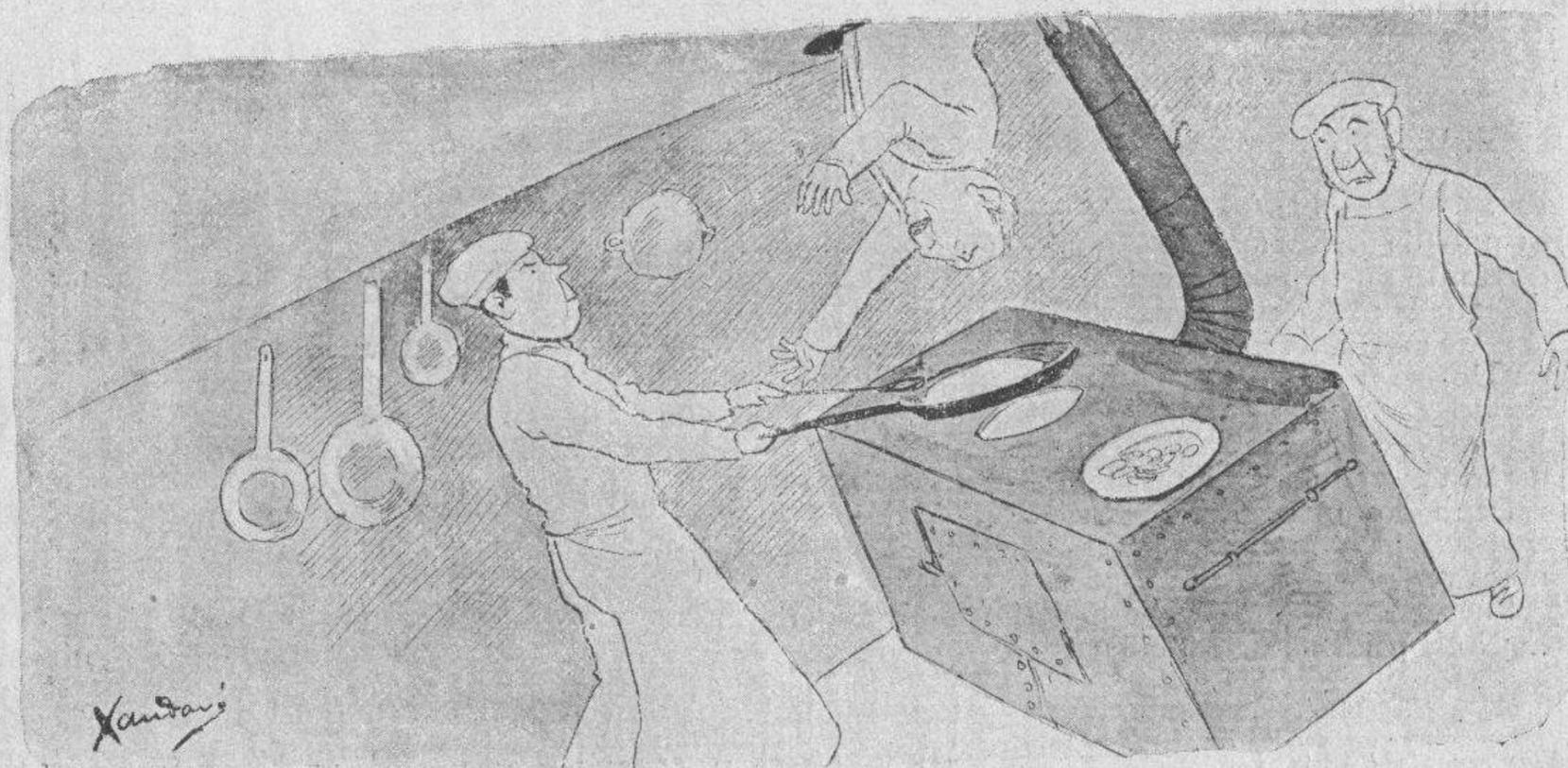
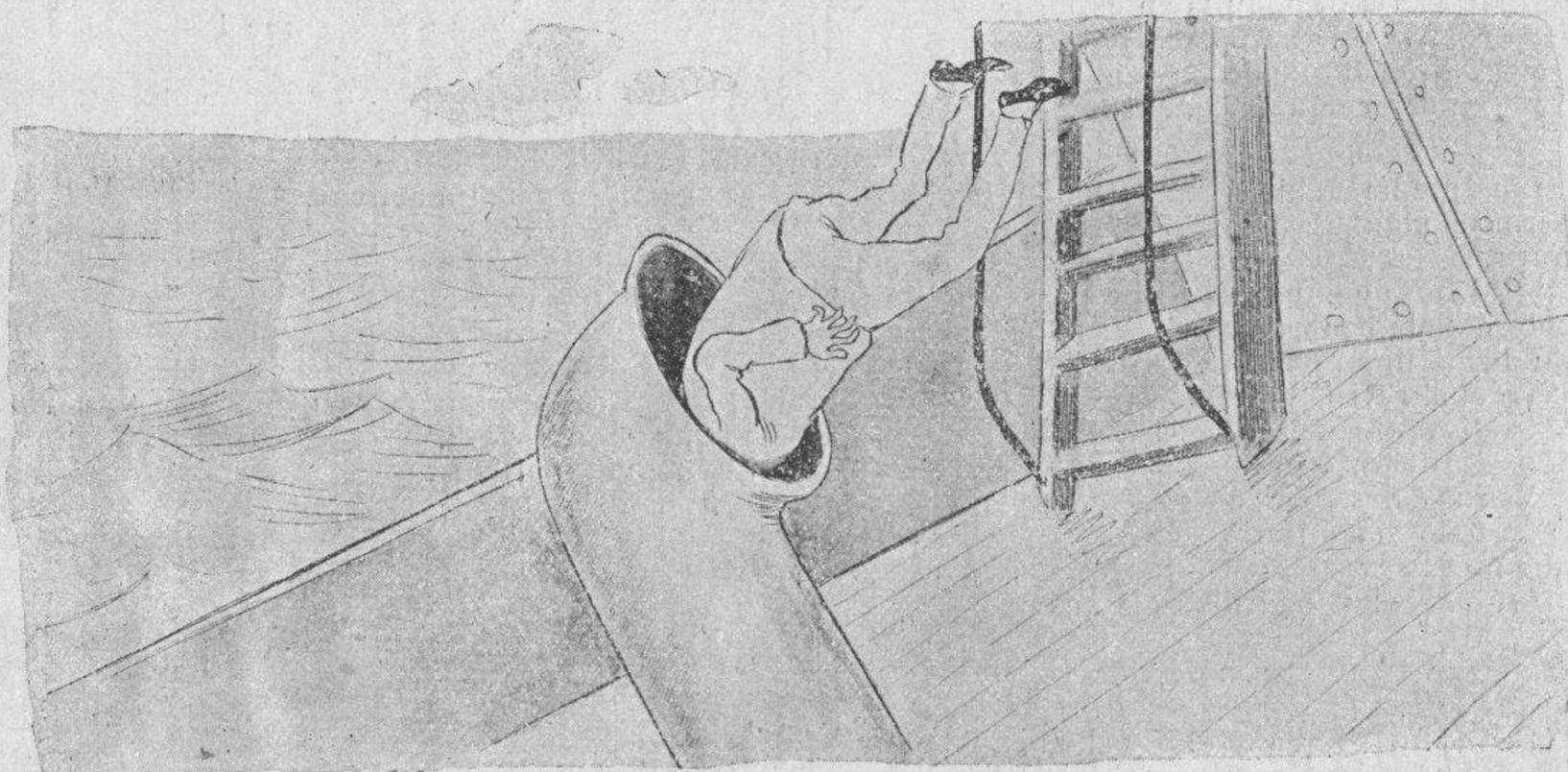
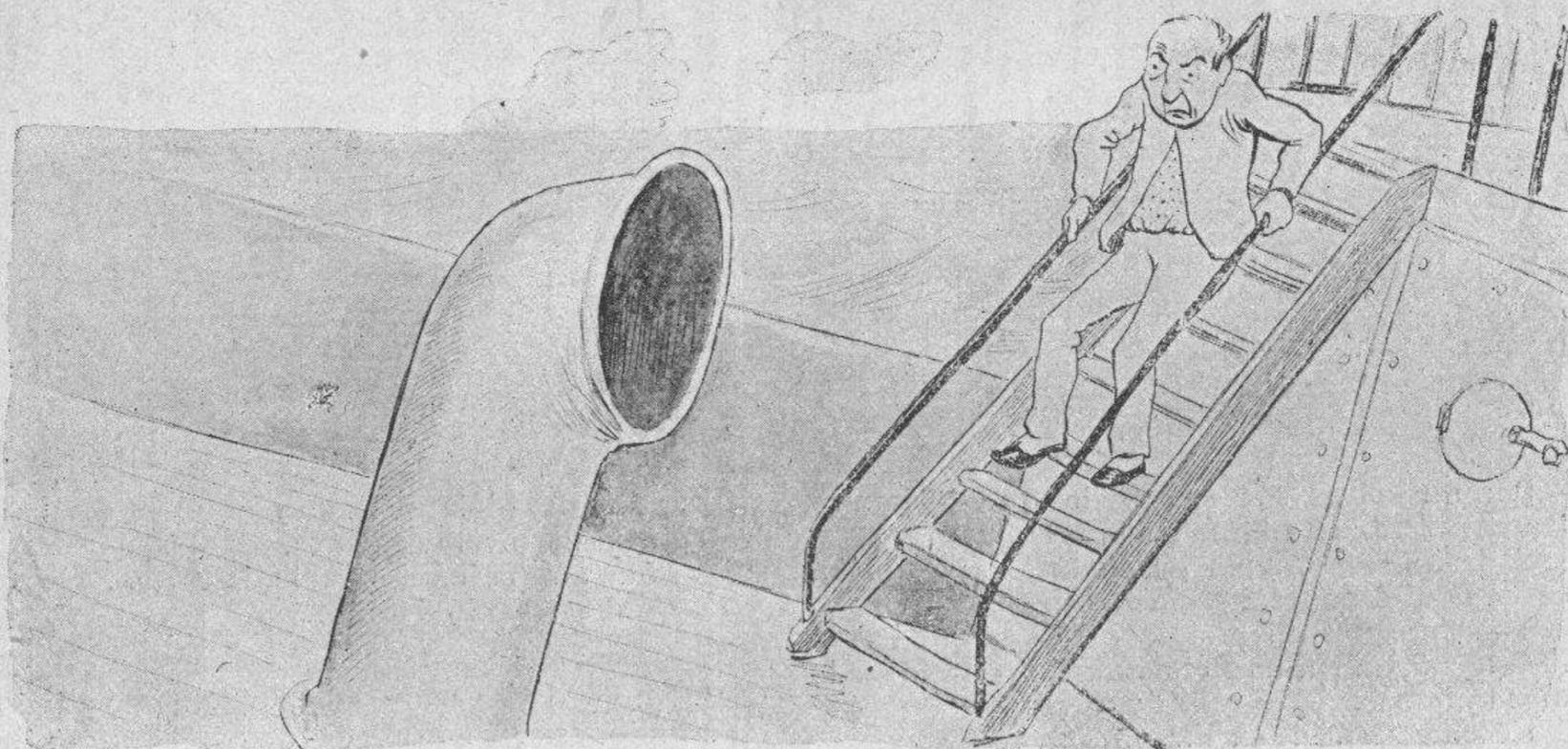
—Lo explicaré mal... pero ya me entenderán ustés. Ustés son... á modo así... de predicadores, amos, y vienen á estos pueblos á decirnos algo de Dios y de la otra vida y de la gloria y de lo que hay que hacer pa ser buenos. ¡Y poca falta que nos hacían ustés! Porque estamos, como el que dice, con el ojo cerrado y el alma adormecida, hechos unos lilailas. El cura de este pueblo, la verdá, nunca nos dice esta boca es mía: despacha su misa en un soplo... y callao como un mulo siempre. Aquí no hay conventos, ni frailes, ni amparo pa el que quiere tratar la salvación. Por eso, cuando les vi á ustés con esa cara mortificá y esa ropa negra y esos libros en la faltriquera... un brinco me dió la sangre, y dije entre mí: «Alégrate, Niceta, que ahí viene el remedio pa la sequía... Misioneros tenemos, y ojalá que caigan en tu casa...» ¡Y vean ustés: antes de oírles, sólo con verles...! ya se me abrieron las fuentes del corazón, y aquí me tienen ustés llorando como una boba... ¡El señor les bendiga.»

Los sabios tuvieron el buen gusto de no echarse á reír. Daura intentó sacar á la vieja de su engaño; pero no fué creído, y optó por declararse misionero y ofrecer un sermón en plazo breve. A pesar de la excelente comida y del día espléndido, regresaron cabizbajos al tren de la tarde, y Marín Pujol, tocando á Daura en el codo, señaló á la tierra resquebrajada, polvorosa, morena y dura, que no revelaba el estremecimiento de la germinación, y dijo reflexivamente:

—Pues mire usted, también yo pienso á veces que padecemos una sequía muy larga...

EMILIA PARDO BAZÁN

LA LEY DE LA GRAVEDAD ó PASAJERO «SAUTÉ», POR XAUDARÓ





Por un colega me entero de que Alejandro Dumas escribía á treinta sueldos la línea.

Y de que Montepin, el famoso folletinista, cobra sus folletines á franco la línea.

Yo conozco á un pipiolo que ha aventajado á Montepin y á Dumas: por una línea ha cobrado diez millones.

Entendámonos: por una línea... férrea.

De tu boquita en el borde
hay una peca hechicera,
que al que de cerca la mira
parece que dice: *Peca*.

Siempre he creído que la Divina Providencia permite algunas cosas... que no debiera permitir.

El Domingo, por ejemplo, permitió, — ¡oh, colmo de la benevolencia! — que un colega local publicara una revista de toros.

La cual revista empieza así:

«La cuadrilla es la misma
del otro jueves...»

Van ustedes á ver como á estos versos les sucede todo lo contrario que á la cuadrilla citada: que no son cosa del otro jueves.

«La cuadrilla es la misma
del otro jueves;
y también son de Udaeta
los seis bureles.»

¡Alto ahí, compañero! Lo dicho en la tercera línea, puede que sea verdad; pero lo que es verso... verso no es.

Ajustado á la medida, por lo menos.

«¡Dios soberano!
Yo te lo suplico; tennos
hoy de tu mano.»

¡Sí, Dios Soberano: tenle! Y de paso enseñale que

yo te lo suplico, tenle

es uno de los octosílabos más octosílabos que escribirse pueden en castellano.

Sigue la revista:

«Por mor del verso he dicho que los toros son de Udaeta y debía decir casi todos, porque el cuarto es un innominado de la ganadería de Fuente el Sol.»

¡Anda, salero!

De modo que resulta que lo de
y también son de Udaeta
no es verso... ni verdad.

Pues, para eso... no haberlo dicho.

¿No le parece á usted, colega?

Tanto idolatra Tomás
á su hechicera consorte,
que aun la hace, amable, la corte...
y *su-primo* lo demás...

Supongo que ustedes, como yo y como todo el mundo, estarían enterados de que la provincia de la Habana estaba pacificada hace ya unos cuantos meses.

Pues bien, ahora resulta que los insurrectos campan en ella que es un gusto.

Un gusto... para ellos, naturalmente.

El otro día atacaron, en número de 200, á las tropas españolas. Y luego estuvo en un tris que se apoderaran de un convoy.

Claro está que, como patriota, siento muchísimo lo sucedido.

Pero como aficionado á la literatura me alegro.

Porque los refranes son, según dicen, verdaderas joyas literarias.

Y hay un refrán cuyo uso iba perdiéndose y que el gobierno, con paternal interés, no quiere que se pierda.

¿Cual?

El que dice: «Miente más que la *Gaceta*.»

Por falta de espacio, de humor y de tiempo, no contestamos hoy á las cartas recibidas.

La semana que viene las contestaremos, si Dios y el exceso de original lo permiten.

Conque... ¡hasta el número próximo, ciudadanos!

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona